LOS HOMBRES de la historia

61

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Alejandro Magno

Centro Editor de
América Latina



Victor Ehrenberg

Hijo y sucesor de Filipo de Macedonia, Alejandro el Grande, también llamado Magno, nació en el 356 a.C. y era un joven de veinte años a la muerte de su padre. Supuesto descendiente de Heracles y de Aquiles, ambos antepasados místicos pertenecían al aspecto "griego" de su alma que siempre rivalizó con su naturaleza "bárbara" y, desde sus primeros movimientos fue claro su deseo de aparecer como el líder de los griegos. Discípulo de Aristóteles, éste le trasmitió su interés general por el saber y por la ciencia que lo llevaba a indagar en todos los campos de la investigación; más aún, la clara conciencia de su deberes hacia el helenismo, tan importante en los primeros años de Alejandro, se debió en buena parte al consejo de Aristóteles. Así adhirió a la idea de una guerra contra Persia con la sensación apasionada de ser el campeón de Grecia en la lucha contra los bárbaros, el segundo Aquiles, el vengador de la invasión persa, ciento cincuenta años atrás.

Sin embargo, cuando la campaña panhelénica llegó a su culminación se vio que jamás había sido otra cosa que una ficción, una imagen poderosa en la mente de Alejandro. Lo que vino después, no fue tampoco una guerra de conquista macedonia, aunque llevó al rey macedonio y a sus hombres más lejos de lo que nunca pudieran haber soñado.
Oriente cautivó cada vez más el espíritu de Alejandro y cobró mayor urgencia el deseo personal de ser el soberano de Oriente no menos que de Occidente, entre los cuales, deliberadamente o no, intentó de continuo establecer puentes.

A su muerte en el 323 a.C., su inmenso imperio se disolvió con rapidez, pero lo efímero de su existencia dejó pese a todo profundas huellas. Sin él no habría existido la época helenística con sus tendencias ecuménicas ni, por lo tanto, el Imperio romano ni el Cristianismo como religión universal. Qué clase de hombre fuera Alejandro, es algo difícil de contestar.

Hombre de cualidades contradictorias a la vez que de ánimo muy mudable: idealista y realista, general osado y excelso, oportunista y cuidadoso planificador, mecenas de la investigación científica y visionario irracional, hombre capaz de amar y ser amado a la vez que tirano brutal y colérico. Es privilegio del genio albergar en sí más de una personalidad. El, que alcanzó en más breve tiempo, más logros que Napoleón o César, también fue, al igual que ellos, prueba eminente de que el poder corrompe y de que el poder absoluto corrompe de manera absoluta. Pero, en la medida en que cambió la faz del mundo, esto es más importante que el hecho de que sus actos no nos permitan ver claramente su propia faz que permanece en la niebla.

Ultimos títulos publicados en esta colección:

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Andreina Rossi Monti, Paolo Zucconi, Lisa Baruffi

61. Alejandro - La edad de Grecia
Este es el segundo fascículo del tomo La edad de Grecia.
La lámina de la tapa pertenece a la sección La edad de Grecia, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 61:
Alinari, Malvisi, Tomsich, Quilici

Traducción de Marta I. Guastavino

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en Julio de 1969.

Alejandro Magno

Victor Ehrenberg

356 a. C.
Alejandro nace en Pella; es hijo de Olimpia y de Filipo II, rey de Macedonia.

343-340 a. C.
Alejandro es discípulo de Aristóteles.

338 a. C.
Toma parte en la batalla de Queronea. Fundación de la liga corintia.

337 a. C.
Segundo matrimonio de Filipo; Olimpia y Alejandro desterrados de la corte.

336 a. C.
Agosto. Asesinato de Filipo. Como Alejandro III rey de Macedonia, su hijo ocupa el trono después de matar a muchos miembros de la nobleza y la familia real.

335 a. C.
Campañas al Danubio y a Grecia. Destrucción de Tebas.

334 a. C.
Primavera. Invasión de Asia Menor, batalla en el Granico.

333 a. C.
Alejandro en Gordio. Batalla de Isso.

332 a. C.
Sitio y toma de Tiro, conquista de Egipto.

332-331 a. C.
Expedición al oasis de Siuah. Fundación de Alejandría. Levantamiento del rey Agis en el Peloponeso.

331 a. C.
Batalla de Arbela (Gaugamela).

331-330 a. C.
Alejandro en Babilonia, Susa, Persépolis.

330 a. C.
Alejandro en Ecbatana. Asesinato de Darío. Ejecución de Filotas, asesinato de Parmenio.

329-327 a. C.
Alejandro en Bactriana y Sogdiana.

328 a. C.
Ejecución de Besso. Muerte de Clito.

327 a. C.
Conspiración de los pajes. Muerte de Calistenes.

327-325 a. C.
Campaña a la India.

326 a. C.
Revueltas de los mercenarios griegos en Bactriana y en la India.

325-324 a. C.
Regreso de la flota y el ejército.

324 a. C.
Revuelta de los soldados macedonios en Opis. Repatriación de los veteranos a las órdenes de Cratero. Decreto sobre los exilados. Muerte de Hefestión.

323 a. C.
Junio. Alejandro muere en Babilonia.



1

Filipo, el predecesor

Filipo II, gran estadista y general, conquistó el trono de Macedonia en el año 359 a. C., después de haber desplazado a gran cantidad de pretendientes. Sucedía de tal modo a varios reyes que pretendían ser descendientes de Heracles. Soberanos de un país y un pueblo bárbaros, habían aceptado la civilización griega como su propia y refinada norma de vida. Desde el momento en que un antepasado, Alejandro I, conquistó el nombre de Fileleno e intentó salvar a los atenienses del desastre en el año 480, los monarcas macedonios se habían interesado, desde un punto de vista principalmente cultural, por los griegos; grandes poetas y pensadores griegos, como Eurípides y posteriormente Aristóteles, vivieron en la corte macedonia. La nobleza seguía hasta cierto punto la tendencia impuesta por los reyes. Aun así, la cultura griega no cambió lo esencial del espíritu macedonio, capaz de exhibir, en todos los niveles de esa sociedad primitiva, una fuerza brutal y salvaje, totalmente ajena a la modalidad racional y artística de los griegos. Políticamente, los macedonios siguieron manteniendo la antigua estructura de un pueblo de campesinos libres, regidos por la nobleza local, pero tradicionalmente leales a la casa real. Sin embargo, la casa reinante se había visto perturbada repetidas veces por contiendas y hasta por crímenes, y correspondió a Filipo consolidar nuevamente la seguridad y la fuerza del poder real, al mismo tiempo que reorganizaba el ejército del pueblo. A partir del nuevo orden de batalla que había conocido de joven, mientras era huésped de Tebas, convirtió a la infantería en una falange flexible y a la caballería integrada por los nobles *hetairoi* en una formidable arma táctica. Estas fuerzas adquirieron experiencia en varias campañas contra vecinos hostiles y, gracias tanto a recursos militares como diplomáticos, Filipo consiguió expandir el territorio macedonio hacia el Norte, el Oeste y el Este, convirtiendo a Macedonia en una gran potencia.

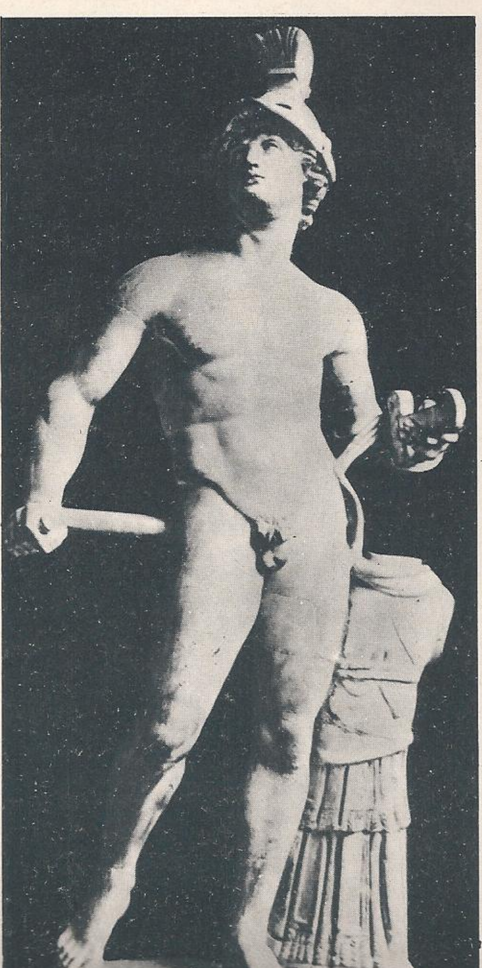
Pero sólo la expansión en una dirección, hacia el Sur, habría de llevar al estado y al pueblo de Macedonia al centro de la historia: allí estaban los griegos. Su gran momento político ya había pasado. Las diversas ciudades-estados y las federaciones tribales pasaban la mayor parte del tiempo luchando entre sí, cada una de ellas celosa de su autonomía y libertad, aunque al mismo tiempo, en virtud de la Paz del Rey (paz de Antálcida, año 386), Persia se había convertido en el verdadero —aunque ineficaz— árbitro de los asuntos y de los feudos entre los estados griegos. La vida tradicional de la *polis* empezaba a perder significado; muchos ciudadanos se iban al extranjero, como mercenarios, mientras en la patria gobernaban los demagogos. En buena medida, el

patriotismo cedía el paso al individualismo, lo que significaba al mismo tiempo que la mente humana alcanzaba nuevas cumbres en el ámbito del espíritu. Sócrates y las escuelas socráticas, y sobre todo Platón y su Academia, fueron en el más auténtico de los sentidos los creadores de la filosofía europea. Y Aristóteles fue, con su amplísima interpretación del hombre, la sociedad y el universo, el último en reconocer al hombre como el "animal político", eso es, como ciudadano de la comunidad de la *polis*. Estado y civilización perdieron su unidad tradicional, y eso hizo posible que quienes no eran griegos aceptaran la civilización griega como la civilización de la humanidad.

El mundo griego no declinó sin lucha. Naturalmente, el deseo de una paz interhelénica se hallaba muy difundido, y el ideal de un compartido panhelenismo cultural cobró fuerza. Sobre todo, su campeón era Isócrates, autor de varios escritos retóricos y maestro de retórica, quien inició una contraofensiva en pro de la educación popular, contra los filósofos esotéricos. Era ya muy anciano cuando escribió una carta abierta a Filipo, exhortándolo a convertirse en líder de una guerra panhelénica contra Persia, una guerra de venganza, continuación y culminación de las guerras –frías o calientes– que se habían sucedido durante los últimos 150 años, y término de la Paz del Rey (paz de Antálcida) que había posibilitado la interferencia persa. Pero la idea de una guerra de venganza ya no era una realidad viviente, y ni siquiera la idea panhelénica pudo suscitar entre los griegos el liderazgo y la unidad necesarios. Isócrates sabía por qué se volvía hacia Filipo. Desde que Dionisio y otros grandes soberanos de Sicilia y de Tesalia llegaran a primer plano, la idea de la monarquía flotaba en el aire. Por otra parte, la democracia encontró su defensor más enérgico en el gran orador ateniense, Demóstenes. Los griegos se hallaban divididos prácticamente en todos los aspectos políticos, no sólo entre estado y estado, sino también en el seno de los estados. Las puertas para una acción desde el exterior estaban abiertas.

La política de poder de Filipo se encontró con las exigencias de una Grecia desunida. Con estrategia magistral, supo ganarse una región tras otra, y cuando por último el apasionado patriotismo de Demóstenes consiguió levantar contra el invasor bárbaro a los estados principales –Atenas, Esparta, Tebas–, Filipo aplastó la revuelta, en el año 338, en la batalla de Queronea. Obligó entonces a los griegos a suscribir una alianza común, la liga de Corinto, de la cual él mismo se convirtió en jefe por elección; únicamente Esparta se negó a integrarla. Filipo trató de asegurar la paz entre los griegos y, al mismo tiempo, de forjar el instrumento que le


2


3


4


5



1



2

1. *Alejandro el Grande. Busto Azara, copia del original de Lisipo. París, Museo del Louvre* (Alinari).

2. *Alejandro y Olimpia. Camafeo del siglo* II *a. C. Viena, Kunsthistorisches Museum.*

3. *Retrato juvenil de Alejandro. Siglo* IV *a. C. Atenas, Museó del Acrópolis* (Malvisi).

En las páginas precedentes:

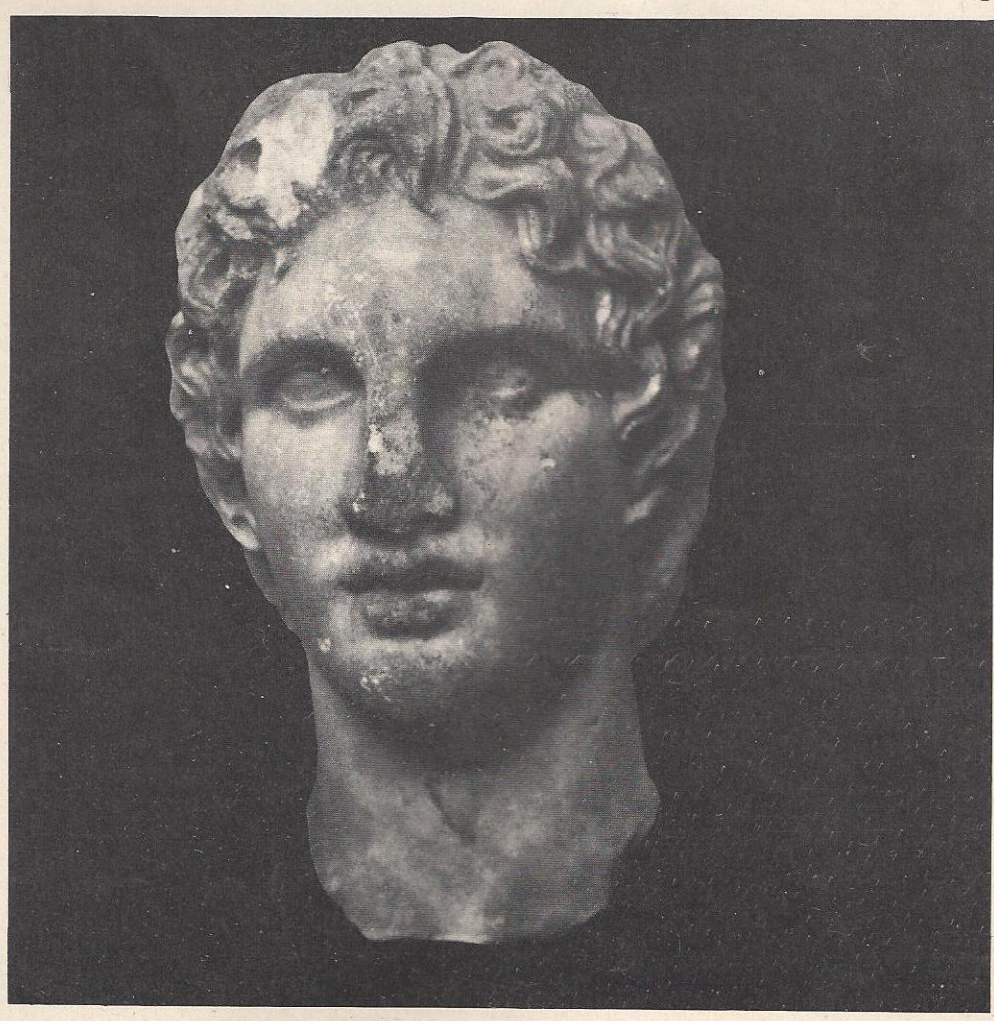
1. *El Hércules Farnesio. Copia del original en bronce de Lisipo. Nápoles, Museo arqueológico nacional* (Scala).

2. *Cabeza de Alejandro Magno. Copia romana de un original griego del siglo* IV *a. C. Roma, Museo Capitolino* (Tomsich).

3. *Alejandro como Marte, París, Museo del Louvre.*

4. *Busto de Alejandro como Heracles, cubierto con una piel de león. De un medallón del Tesoro de Tarsos. París, Biblioteca Nacional, Gabinete de medallas.*

5. *Cabeza idealizada de Alejandro Magno, con los cuernos de ariete de Amón. Tetradrama ático de plata de Lisímaco, rey de Tracia. Londres, Museo Británico.*



3

permitiera llevar a la práctica su política tendiente a convertir a Macedonia en potencia hegemónica. Fue el final de la autonomía de la *polis*, cuya supervivencia fue sólo nominal. Para Macedonia, aunque no para los griegos, la guerra contra Persia se convirtió en asunto de interés supremo, como necesaria consecuencia de la extensión de Macedonia hasta Tracia y el Helesponto, si no hasta el Bósforo. Filipo, que ambicionaba la supremacía sobre el Egeo, quería conquistar las ciudades griegas del Asia Menor y echar mano de las fuerzas navales griegas. Pronto, la liga decidió una guerra común contra Persia, bajo el mando de Filipo, aunque eran muy pocos los griegos que ponían entusiasmo en el proyecto. Una fuerza macedonia de avanzada, al mando de Parmenio, general de Filipo, invadió el Asia Menor; pero antes de que se hubiera concretado ningún progreso significativo, Filipo murió asesinado, a los 47 años, en una intriga cortesana (336 a C.).

El joven Alejandro

Hijo y sucesor de Filipo, Alejandro III, el Grande, nació en el año 356 y era un joven de veinte años a la muerte de su padre. Su madre, Olimpia, princesa de Epiro, fue una mujer formidable en el amor y en el odio que, en su ambición y su temperamento salvaje, superaba incluso a su marido. La tradición de los reyes macedonios hacía de Alejandro un descendiente de Heracles; la de la casa real epirota lo suponía descendiente de Aquiles. El mito fue una fuerza que durante toda su vida configuró el espíritu de Alejandro, y a cada uno de los dos míticos antepasados le cupo su parte; ambos pertenecían al aspecto "griego" del alma de Alejandro, que siempre rivalizó con su naturaleza "bárbara". Admiraba a su padre, aunque su amor se dirigió siempre hacia la madre. Cuando Filipo volvió a casarse en el año 337, Olimpia y Alejandro fueron desterrados de la corte y, aunque era el legítimo príncipe heredero, a la muerte de su padre tuvo que luchar por el trono, y lo hizo con energía y violencia despiadada. Ya había demostrado su coraje y su capacidad cuando combatió en la batalla de Queronea y ahora, después de deshacerse de todos los rivales reales o posibles, consolidó la obra de Filipo mediante rápidas campañas en Grecia, Iliria y Tracia. El tratamiento que dio a Tebas revela la mezcla de acción violenta y amor a la cultura griega que lo caracterizaba: la ciudad rebelde, que tantas veces se había puesto del lado de Persia, fue totalmente destruida, excepción hecha de la casa de Píndaro. Como es obvio, esto último no pasaba de ser un gesto, en tanto que el castigo de la ciudad respondía a un cálculo político; era necesario obligar a los griegos a someterse y evitar que se pusieran del lado de Persia. En dirección norte, Alejandro llegó hasta el Danubio, impulsado por su "nostalgia" de lo desconocido, pero al mismo tiempo con plena conciencia de sus metas temporales, con lo que combinaba el genio de Filipo para lo posible con la aspiración irracional a lo que parecía imposible.

Todos los primeros movimientos de Alejandro, aunque seguían en principio la línea de Filipo, esto es, la política macedonia de poder, obedecían a la enérgica influencia de su deseo de aparecer como el líder de los griegos. Una de las ideas inesperadas de Filipo había sido confiar la enseñanza del pequeño Alejandro al intelecto más grande de su tiempo: Aristóteles, que si bien no estaba aún en la cumbre de su fama, era filósofo y no maestro de retórica. Recurrir a uno de ellos era lo que la moda imponía cuando se buscaba un maestro capacitado, pero la elección de Aristóteles dependió probablemente, de manera decisiva, del hecho de que éste había pasado varios años en Asia Menor, en la corte del rey filósofo Hermias, que tenía ciertas vinculaciones políticas con Filipo. Ya entre los trece y los dieciséis años, cuando fue alumno de Aristóteles, Alejandro era algo más que un muchacho dotado, y su maestro, aunque no había llegado aún a ser la cabeza de una escuela filosófica, era uno de los discípulos más destacados de Platón, muerto pocos años antes. Filipo apenas se dio cuenta de lo que significaba el encuentro de los dos genios. Es probable que el amor que sentía Alejandro por la poesía y los mitos griegos se hubiera despertado al influjo de cualquier maestro griego capaz de responder a los sueños del adolescente, pero Aristóteles hizo algo más. Su interés general por el saber y por la ciencia lo llevaba a indagar en todos los campos de la investigación, y Alejandro aprendió la lección, como pudo verse claramente en el transcurso de su vida. Aristóteles modeló la personalidad de Alejandro y trató de llenar su ánimo con las maravillas de la herencia griega, herencia que naturalmente incluía el desprecio hacia los bárbaros. No sabemos hasta qué punto respondió el muchacho a esa actitud; el hombre siguió por caminos muy diferentes. Sin embargo, es fácil imaginar que Aristóteles se esforzó por presentar los planes de expansión macedonia de Filipo, y posiblemente también la guerra contra Persia, como tareas que su hijo habría de continuar. La clara conciencia de sus deberes hacia el helenismo, tan importante en los primeros años de Alejandro, se debía en buena parte al consejo de Aristóteles.

Quizá no podamos ir más lejos, aunque tampoco para lo dicho hay auténticas pruebas. En política, maestro y alumno, teoría y práctica, siguieron tendencias muy diferentes y, de hecho, contrarias. En los últimos escritos de Aristóteles no hay ningún indicio de que él, cuyo pensamiento se centraba totalmente en la *polis*, haya tenido jamás la menor comprensión de la grandeza del intento de Alejandro de crear un imperio, un nuevo tipo de estado, al mismo tiempo territorial y monárquico, griego y no griego. Aristóteles había favorecido la política de Filipo, en parte porque los persas habían ejecutado a su amigo Hermias, y también porque compartía el complejo de superioridad que tenían en general los griegos frente a los bárbaros. No estaba probablemente de parte de los griegos ni de los macedonios, pero de ningún modo veía tampoco más allá de las fronteras de la mentalidad griega. Cuando el exclusivo y entusiasta helenismo de Alejandro comenzó a esfumarse para ceder paso a una nueva idea del papel que habrían de desempeñar los bárbaros, la actitud de Aristóteles se hizo distante, e incluso hostil.

El invasor

Alejandro adhirió a la idea de una guerra contra Persia con la sensación apasionade de ser el campeón de Grecia en la lucha contra los bárbaros, el segundo Aquiles —ya que del primero descendía— el vengador de la invasión persa, ciento cincuenta años atrás. Parece inexplicable que su entusiasmo juvenil haya podido interpretar tan mal los signos evidentes de la situación real. Él era macedonio, y los griegos tampoco eran sus aliados más fieles; la liga de Corinto sólo envió un pequeño contingente. Aparte algunos mercenarios, el ejército de Alejandro era exclusivamente macedonio, y sólo la flota incluía un buen número de barcos griegos. La paradoja es que la campaña panhelénica se basaba en el vigor y en la lealtad de los macedonios y no resulta sorprendente que, independientemente de sus relaciones con su propio pueblo, las ideas culturales griegas hayan perdido gradualmente su influjo sobre la mente de Alejandro.

En la primavera del año 334, Alejandro atravesó el Helesponto dejando tras de sí como regente de Macedonia y de Grecia, a Antipater, general de Filipo, hombre muy capaz para su tarea aunque se hubiera convertido para los griegos en objeto del odio más profundo. Es obvio que Alejandro pensaba en una guerra prolongada, lo que no significa que ya entonces planeara la conquista de Asia. Puede que haya pensado en los diez años de la guerra de Troya, su modelo mítico: hizo un sacrificio a la memoria de Protesilao, el primer griego muerto frente a Troya; arrojó la lanza desde su nave, como símbolo de la declaración de guerra y dirigiéndola hacia el suelo que enfrentaba, según la idea de un país "ganado con la lanza",

EL IMPERIO DE ALÉJANDRO

- Imperio de Alejandro Magno
- Estados dependientes de Alejandro
- Estados independientes de Alejandro
- Itinerario de Alejandro
- Itinerario de Crater
- Ruta seguida por Nearco

En rojo: ciudades fundadas por Alejandro

0 100 200 300 400 500 600 Km

1

2



3



4

1. Mapa de las conquistas de Alejandro Magno.

2. El valle del río Swat en el Pakistán actual (Quilici).

3. Buda, esculpido en las paredes rocosas del Swat (Quilici).

4. En las puertas de la India, el paso de Khyber (Quilici).

idea difundida entre los griegos desde los tiempos de Homero. Mientras Parmenio vigilaba el desembarco del ejército, Alejandro se dirigió con algunos compañeros hacia Ilión, pequeña ciudad asentada en el lugar de la antigua Troya, donde ofreció sacrificio a Atenea, diosa de la ciudad, y depositó guirnaldas en las supuestas tumbas de Aquiles y de Patroclo, y llegó a ofrecer un sacrificio expiatorio a Zeus por la muerte de Príamo, a manos del hijo de Aquiles, sobre el altar del dios. Para él y dentro de él, el mito estaba vivo, y Homero era su guía; podía esperar que un segundo Homero cantara sus alabanzas, pero por el momento sólo deseaba repetir la victoria griega; para el espíritu romántico del joven rey, el antiguo ejemplo había de convertirse en una nueva realidad.

El imperio persa no era ya el formidable enemigo de otros días, pero seguía siendo una gran potencia, y el espíritu de Alejandro, por dinámico que fuera, era en el fondo oportunista; jamás se habría fijado desde el comienzo una meta definitiva. Comparados con sus recursos, el número de las tropas del imperio y su capacidad financiera eran mucho mayores, aunque difíciles de concentrar. Alejandro podía confiar en las cualidades militares de su ejército macedonio, tanto de la infantería como de la caballería y, económicamente, vivirían de los recursos del país. Se movió con rapidez sin precedentes y, en uno de sus ímpetus irracionales, ordenó la disolución de su propia flota; la razón —pues debe de haber habido una— fue probablemente su desconfianza hacia los griegos, reforzada sin duda por Antipater, pero fue una actitud peligrosa. En efecto, los griegos combatían de ambas partes, como mercenarios de los persas y como tibios secuaces del rey de Macedonia, pero su papel no fue la gran importancia para ninguna de ellas, con la sola excepción de Memnón, líder del contingente griego en el ejército persa y excelente soldado, cuyo consejo, de haber sido aceptado, habría cambiado más de una vez el curso de la historia.

Eso se vio con claridad inmediatamente después de que Alejandro hubo iniciado su marcha hacia el interior. El rey de Persia, comprendiendo apenas el peligro que se cernía sobre su persona y su imperio, por lo demás un soldado mediocre y un soberano débil e incompetente, había confiado la defensa del Asia Menor a los sátrapas locales quienes, sin tener la fuerza suficiente, se concentraron en la ribera del pequeño río Granico, unos cuarenta kilómetros tierra adentro a partir del lugar de desembarco de Alejandro. Memnón urgió en vano adoptar una estrategia de tierra arrasada y llevar a cabo un ataque naval, con fuerzas superiores, a las líneas de comunicación de Alejandro con Macedonia y con Grecia. Era un plan estupendo, que habría obligado a Alejandro a una retirada inmediata, pero que no tenía en cuenta la situación real del imperio persa ni las relaciones entre el rey y los sátrapas, aparte el hecho de que el ataque de Alejandro no fue tomado en serio y se lo consideró probablemente como uno de los habituales incidentes fronterizos que algunos años atrás había provocado Filipo. La primera batalla decisiva se libró con tácticas completamente heterodoxas sobre ambas márgenes del Granico, con una carga de caballería en primera línea y Alejandro a la cabeza: arriesgó la vida de tal modo que sólo fue salvado por la intervención de su amigo Clito. La victoria abrió el camino al Asia Menor. Por lo que hace a los sentimientos de Alejandro en ese momento, es significativo el hecho de que dedicase a Atenea Polias, en la ciudad de Atenas, la "más griega" de todas las divinidades, el botín de trescientas armaduras, con la inscripción: "Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, excepto los espartanos, de los bárbaros del Asia". No se menciona ni a Alejandro como rey de Macedonia ni a los macedonios a quienes debía la victoria, sino sólo a la liga griega y a su jefe. Muchos de los mercenarios griegos al servicio de Persia fueron muertos en batalla y el resto de ellos fue enviado a trabajos forzados en Macedonia, a la vez como castigo para los "quintacolumnistas" y como forma de disuadir a los griegos de enrolarse junto a los persas. Más tarde, el método cambió, pero en ese momento la cólera y la desconfianza de Alejandro eran demasiadas para permitirle tomar una actitud más sensata y más humana. Entonces, y durante algún tiempo, fueron los macedonios quienes asumieron el peso de la guerra de venganza panhelénica, una guerra basada sobre cimientos extraños y contradictorios, que en última instancia sólo se mantenían en pie gracias a la persona de Alejandro.

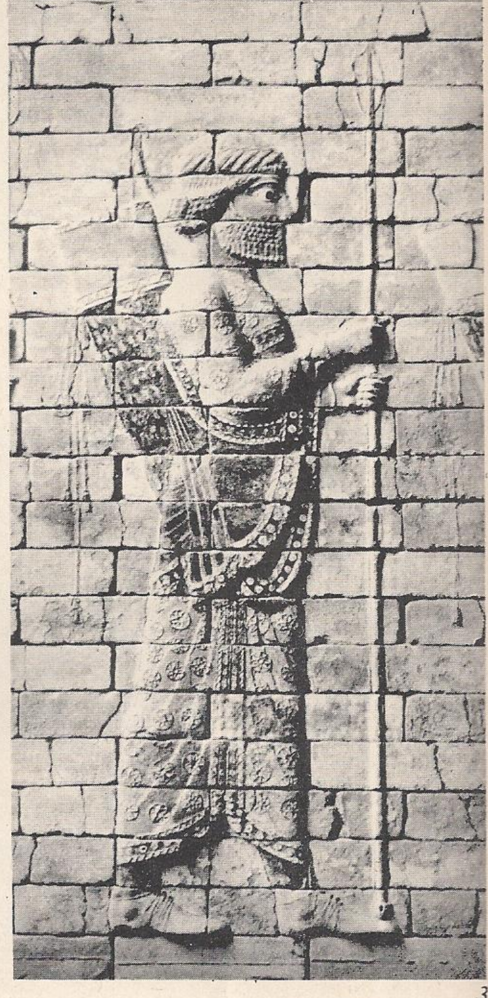
Durante los meses siguientes se produjo la ocupación del Asia Menor, lo que no significó necesariamente la liberación de las ciudades griegas allí existentes. Se discute todavía si siquiera las islas vecinas a la ribera llegaron a ser miembros de la liga de Corinto, y hasta qué punto. Los rápidos cambios de la situación corrían parejos con rápidas mudanzas en el ánimo de Alejandro, y el fervor de la idea panhelénica no tardó en empezar a entibiarse. En contradicción con las enseñanzas de Aristóteles, Alejandro intentó tratar a griegos y bárbaros más o menos sobre un pie de igualdad. Aun cuando, es el curso de los acontecimientos, se concedió a algunas de las ciudades griegas un régimen de democracia y autonomía, no se trataba de auténtica libertad: entre Alejandro y cada una de ellas había vínculos políticos, legales e incluso religiosos, que impedían que las ciudades se manejaran con una política extranjera independiente. Alejandro, ansioso de aprovechar todas las oportunidades de resolver los nuevos problemas de manera a la vez cautelosa y audaz, retomó el esquema de administración de los persas, aunque fue cambiándolo gradualmente para lograr mayor unidad, basada en la persona del rey. Nuevos jefes macedonios reemplazaron, en las provincias, la dudosa independencia de los sátrapas.

Durante el invierno de 334/33, Alejandro permaneció en la antigua capital frigia de Gordio, a la espera de refuerzos. Fue allí donde cortó con la espada el famoso nudo gordiano, que según el oráculo sería desatado por el futuro soberano de Asia. ¿Quería forzar al destino? En todo caso, en ese momento la situación parecía bastante peligrosa: Memnón, con la flota persa, amenazaba las líneas de comunicación de Alejandro y lo obligó a reconstruir su propia armada. La súbita muerte de Memnón salvó a Alejandro del peligro de una revuelta griega. Inició la marcha hacia el sur y, para su sorpresa, encontró desguarnecidos los estrechos pasos del Tauro. Entonces cayó gravemente enfermo, en Tarso, y perdió varios meses. Al final del otoño supo que el rey de los persas, con un gran ejército, se había desplazado hacia el oeste para salvar su reino y atravesaba las montañas del Tauro siguiendo una ruta diferente, de sur a norte. Alejandro tuvo que dar la vuelta para enfrentar a los persas y, en la pequeña llanura costera de Isso, ambos ejércitos se encontraron por la retaguardia.

Aun antes de que la falange macedonia hubiera derrotado al centro del ejército persa, Darío perdió la cabeza y huyó, abandonando a su ejército, su familia y sus tesoros. El momento fue representado de manera impresionante en un bellísimo mosaico de Pompeya, copia de una pintura helenística. Puede que no se trate de una fuente auténtica, pero refleja sin duda el ímpetu audaz de Alejandro y la impotencia aterrorizada de Darío. Abandonados por su rey, los persas no ofrecieron ninguna resistencia. La victoria de Alejandro fue decisiva y abrió las puertas del centro del imperio persa. Además, la captura de buena parte de los tesoros de Darío fue una gran ayuda para Alejandro, quien por lo demás trató a la familia del rey con gran respeto y no como prisioneros.

En ese momento, Alejandro resolvió marchar hacia el sur y no hacia el este. Fue una decisión notable, pues la persecución del derrotado ejército persa lo habría llevado directamente a Babilonia y a Susa, probablemente sin encontrar resistencia alguna. Sin embargo, se dio cuenta de que la conquista del imperio persa (que por entonces debe de haber sido su meta) exigía una base más sólida que el solo dominio sobre el Asia Menor. Para asegurarse la campaña debía tener en sus ma-


1


3


2


4

1, 2. Dos vistas del paso de Gülek, las antiguas Puertas Cilicias. (Oficina de Información de la Embajada de Turquía, en Roma).

3. Guerrero persa. Detalle de la decoración polícroma de las paredes de Darío I en Susa, ca. 500 a. C. Berlín, Staatliche Museen.

4. Medallón de oro de Darío III. París, Biblioteca Nacional, Gabinete de las medallas.

1



2

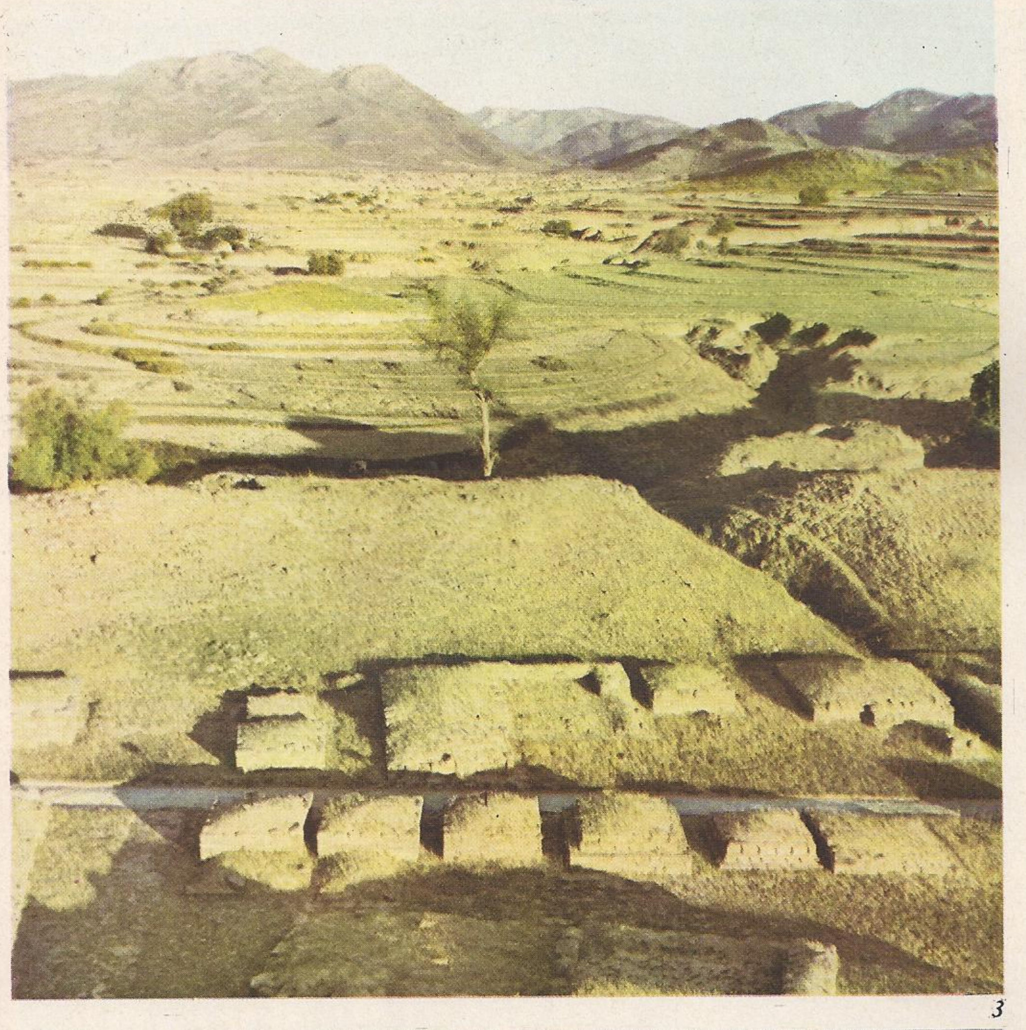
1. *Tumba de Darío I en Nasqsh-i Rustam* (Irán).

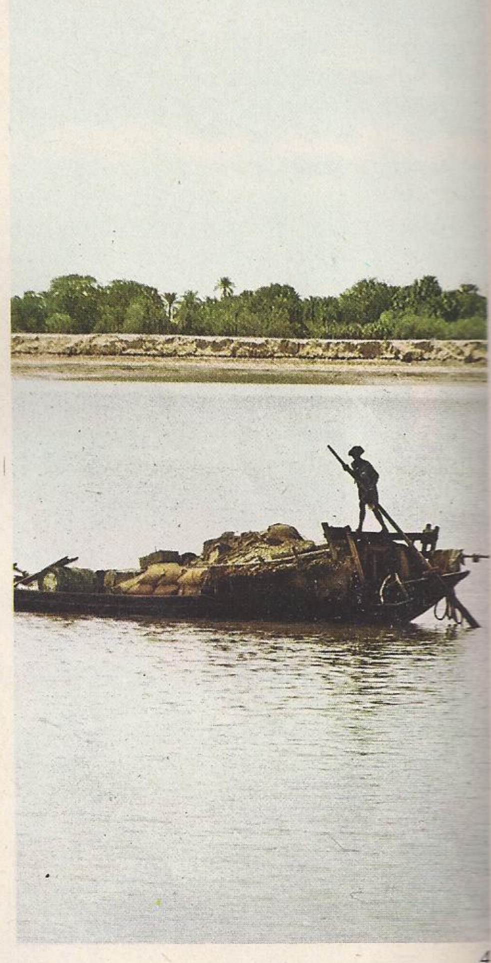
2. *Detalle de un bajorrelieve de Persépolis. Siglo* v *a. C. Basilea, colec. Borowski* (Tomsich).

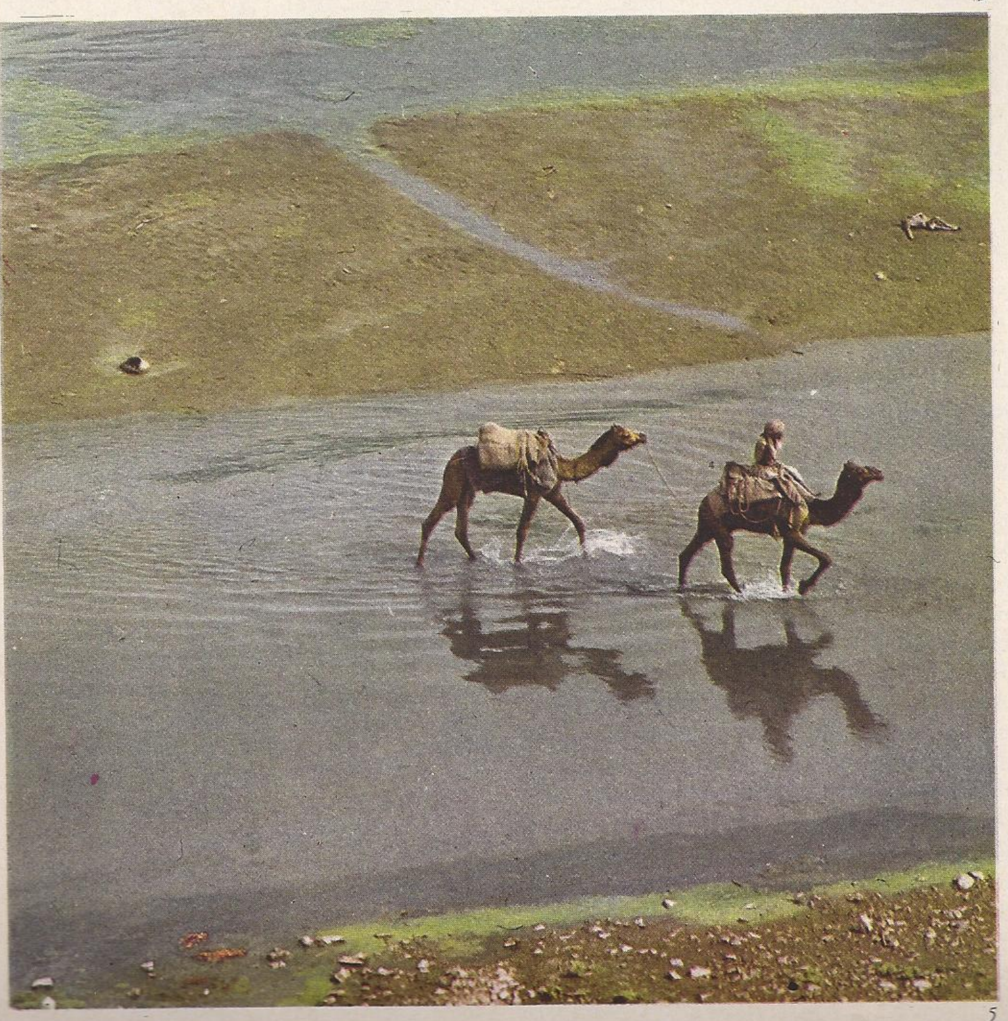
3. *Las ruinas de Taxila en Pakistán actual* (Quilici).

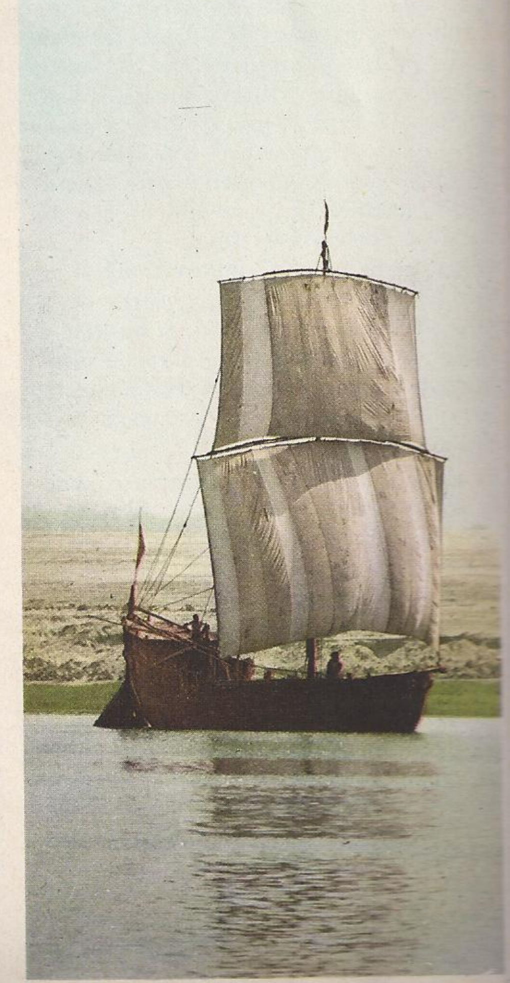
4, 5. *Dos vistas del río Sutley, límite extremo de la expedición de Alejandro a la India* (Quilici).

6. *Las bocas del río Indo* (Quilici).


3


4


5


6

nos el Mediterráneo oriental, especialmente Fenicia y Chipre, donde los persas tenían sus bases navales. Era cuestión de estrategia militar a la vez que política, pero aun así, Alejandro no perdía de vista sus metas más amplias y la correspondencia con Darío, conservada en la *Anábasis* de Arriano y con toda probabilidad auténtica, muestra que ya se autodenomina "rey de Asia" y que rechazó una oferta de paz que lo habría hecho dueño de todas las tierras al oeste del Eufrates, con lo cual habría logrado mucho más de lo que jamás soñó Filipo. A este respecto, hay una famosa anécdota significativa: se cuenta que Parmenio habría dicho que, si él hubiera sido Alejandro, habría aceptado la oferta, a lo cual Alejandro replicó que él también lo habría hecho, si hubiera sido Parmenio. La historia no sólo refleja la diferencia entre dos generaciones, la diferencia entre una política sobria y razonable y el impulso irracional y apasionado del genio, sino también la divergencia entre la mentalidad de un simple macedonio y la del futuro soberano del mundo.

En Fenicia Alejandro encontró el primer pueblo oriental de origen y cultura semíticos, prácticamente incontaminado por la civilización griega, y que durante más de dos siglos se habían desempeñado como navegantes del imperio persa. Los fenicios representaron un importante papel en la civilización mediterránea y su capital, la isla fortificada de Tiro, era la principal base naval de Persia. Siete meses necesitó Alejandro para vencer la valiente resistencia del pueblo y adueñarse de la ciudad. Cuando consiguió tomarla ofreció un sacrificio a Melkart, el dios de Tiro, a quien los griegos identificaban con Heracles. Fue un momento importante para Alejandro: el sacrificio lo convertía en sucesor de los anteriores reyes tirios, y al mismo tiempo celebraba a su mítico antepasado, cuyas hazañas habían cubierto casi toda la tierra. Hércules comenzaba a sustituir a Aquiles, y el deseo de Alejandro de constituir un imperio universal cobraba primacía sobre la idea de una campaña panhelénica.

Los sucesos siguientes confirmaron el cambio en el ánimo de Alejandro. Marchó a través de Siria y de Palestina, puso sitio a Gaza durante dos meses y finalmente, en el otoño de 332, entró en Egipto. El país lo impresionó enormemente; era una de las mayores civilizaciones orientales, con sus testimonios de una tradición antiquísima, y al mismo tiempo un país de fertilidad y riqueza tales como Alejandro no había visto jamás. Allí se dio cuenta de que, para poder incluirlo en su creciente imperio, tenía que ganarse ese pueblo en vez de someterlo; reconocido como el nuevo faraón, ofreció sacrificio en Menfis a los dioses egipcios, entre ellos al buey Apis, el mismo Apis cuyo culto había sido antes cruelmente profanado por Cambises, rey de Persia. Para Egipto, que durante tanto tiempo había sido una provincia persa, Alejandro llegaba como un verdadero libertador. En la misma fiesta en que celebró los sacrificios, dio igual importancia a espectáculos y competiciones que seguían la usanza griega; aunque todavía torpe e inseguro, era un intento de fundir las civilizaciones griega y oriental, tema que de uno u otro modo habría de determinar buena parte de sus acciones futuras.

El suceso más significativo de su estadía en Egipto (durante el invierno del año 332 al 331) fue la visita de Alejandro al oráculo de Zeus-Amón en el oasis de Siuah, famoso santuario de griegos y libios. El dios, en particular, era una especie de divinidad de la ciudad de Cirena, floreciente colonia griega de occidente, con la que Alejandro había celebrado un tratado de amistad. Pero ni este hecho ni la inquietud de los libios bastan para explicar por qué Alejandro fue hasta Siuah, expedición que le tomó varias preciosas semanas. El oráculo de Zeus-Amón era famoso en todo el mundo griego y, al mismo tiempo, el culto que allí se celebraba estaba estrechamente vinculado con Amón-Ra, dios supremo del panteón egipcio. La pequeña caravana de Alejandro, esa expedición que no tardaría en verse rodeada por un halo de leyenda, no puede ser considerada como una demostración militar. En ninguna de las otras aventuras de Alejandro se ve tan claramente como en este caso que esta desviación hacia el desierto era fruto exclusivo de la mente de Alejandro. Nunca sabremos en realidad qué era lo que en ese momento dominaba su pensar ni qué era lo que deseaba preguntar al oráculo; es probable que quisiera confirmar sus planes para el futuro, y también que se sintiera atraído por la doble naturaleza, griega y no griega, de la deidad. Sin embargo, cuando —como era usual con el faraón— fue saludado por el sacerdote como hijo del dios, ese hecho ensombreció toda otra consideración. Cualquiera haya sido la intención original de Alejandro al visitar al oráculo, volvió como hijo de Amón, lo que para los griegos significaba hijo de Zeus. Ellos, como los macedonios, recibieron la noticia con una mezcla de respeto y escepticismo, e incluso con cierta sorna. En su propia conciencia, era probable que Alejandro se sintiera a la vez hijo de Filipo e hijo de Amón; de aquí que Zeus-Amón, la deidad que combinaba en sí misma la naturaleza griega y la oriental, pudiera ser considerado como una especie de protector del reino que Alejandro habría de gobernar.

Egipto, el país del Nilo, carecía de puerto sobre la costa mediterránea. Durante los cuatro siglos anteriores, los comerciantes griegos habíanse adentrado por el delta para llegar hasta Naucratis y, en ocasiones, hasta Menfis, pero en lo esencial Egipto había sido un país aislado. Alejandro quería cerrar el círculo en torno al Mediterráneo oriental y volver hacia él el rostro de Egipto, con lo que llevaría los vastos recursos del país allí donde eran más necesarios. Era una política prudente y previsora, e instrumento de ella fue Alejandría, primera ciudad que fundó Alejandro y a la que dio su nombre. Tenía dos puertos sobre el mar, separados por una represa y por la isla de Faro, y un tercero tierra adentro, sobre una laguna. Alejandro contó con el consejo experto de los urbanistas griegos, pero la idea creadora era suya; desde el comienzo, la ciudad debía ser una combinación de una nueva *polis* griega con una aldea egipcia ya existente; puede que haya habido un barrio macedonio, y pronto se formaron comunidades locales (*politeumata*) de sirios y judíos. Mientras Alejandro se ocupaba del planeamiento de la ciudad, llegó su almirante con la noticia de que el mar y las islas se hallaban libres de fuerzas propersas: Alejandría podía así convertirse en la capital de lo que se ha dado en llamar el "primer imperio de Alejandro" y que, de manera típicamente griega, se centraba en el mar, incluyendo todas las costas del Mediterráneo oriental.

Desde esa posición fortificada inició Alejandro la conquista final del imperio persa. En la primavera de 331 abandonó Egipto, convertido en una provincia recién organizada cuya administración no era ya la de una satrapía, sino que se basaba sobre la colaboración de egipcios, macedonios y griegos. El intento era audaz, pero no dio resultado y finalmente se confió la conducción del país a un financista griego, Cleomenes de Naucratis, quien usó de su posición privilegiada para elevar la vida económica del país y de ese modo incrementar los beneficios que tanto él como Alejandro obtenían de ella. En sus métodos, Cleomenes era predecesor directo de los Ptolomeos que habrían de gobernar a Egipto durante tres siglos, en gran parte sobre la base de una política de mercantilismo regio.

Alejandro regresó a Tiro sin pasar por Jerusalén; sólo una leyenda posterior lo convierte en amigo de los judíos. Marchó luego hacia el este para enfrentar a Darío, que había vuelto a reunir un fuerte ejército, y había tomado posiciones en una llanura al este del Tigris, que favorecía su superioridad numérica y las armas especiales con que combatiría: elefantes y carros armados de guadañas. En la batalla de Arbela (o Gaugamela) Alejandro volvió a exhibir su genio militar recurriendo a una táctica nueva e ingeniosa que, después de otra prematura fuga de Darío, provocó la completa derrota del enemigo y, esta vez, la caída final del reino aqueménida. Darío abandonó las provincias

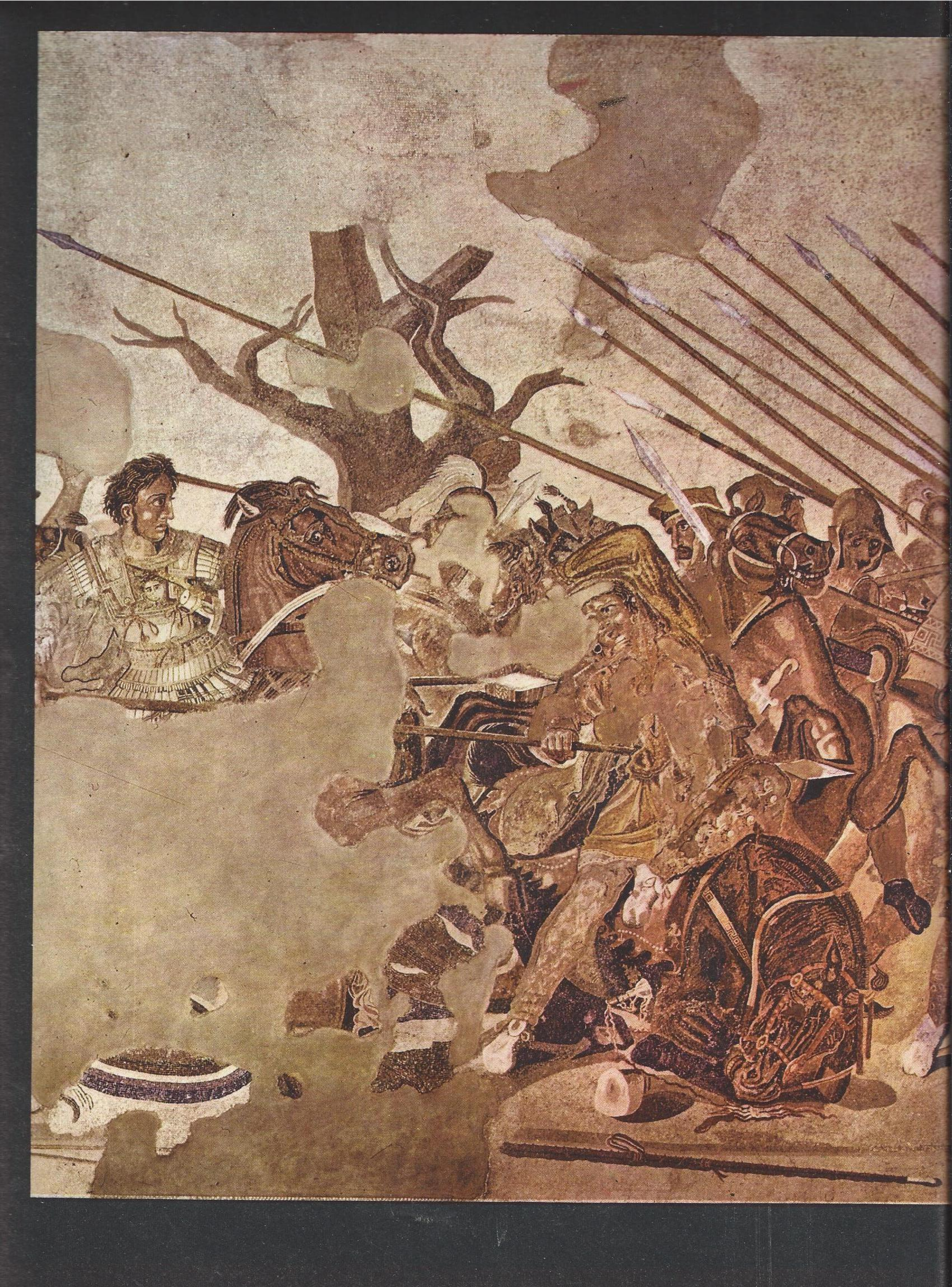


1

1. Alejandro frente al dios de la fertilidad. De Luqsor (Egipto).

En las págs. siguientes:

1. Batalla de Alejandro en la llanura de Iso. Mosaico proveniente de la Casa del Fauno, en Pompeya. Nápoles, Museo arqueológico nacional (Scala).





centrales, con las antiguas capitales del imperio y, perdido todo el poder y el prestigio de su reinado, huyó a Media, mientras Alejandro era públicamente proclamado rey de Asia. Como siempre, aprovechó la nueva oportunidad y celebró sacrificio a Marduk, el dios de Babilonia, con lo que entraba en la línea hereditaria, durante tanto tiempo prácticamente olvidada, del imperio universal. Luego ocupó las antiguas capitales de los aqueménidas, Susa, Persépolis y Pasargada, donde rindió honores ante la tumba de Ciro, el grande. En Persépolis incendió el palacio, no sabemos si en un impulso de ebriedad o para impresionar al enemigo vencido o, de acuerdo con la versión oficial, para vengar los templos griegos destruidos en el año 480. De todos modos el hecho aclaró, más allá de toda duda, que la campaña panhelénica había llegado a su culminación y a su término; jamás había sido otra cosa que una ficción, una imagen poderosa en la mente de Alejandro, y las tropas griegas no tardaron en volver a su patria. Lo que vino después no fue tampoco una guerra de conquista macedonia, aunque llevó al rey macedonio y a sus hombres más lejos de lo que nunca pudieran haber soñado.

Alejandro y Oriente

Hacia la misma época en que Alejandro enviaba a la patria a sus aliados griegos, Antipater, virrey de Grecia, enfrentaba una seria revuelta encabezada por el rey Agis de Esparta, que había recibido ayuda de los persas y reunido a varios miles de los antiguos mercenarios de Darío. El movimiento estalló principalmente en el Peloponeso. Atenas se mantuvo neutral, pero algunos de los estados rebeldes (aunque no Esparta) pertenecían a la liga corintia, que así dejó de existir, al igual que el liderazgo nominal de Alejandro. La obra que Filipo había realizado en Grecia fue destruida por su antiguo general, Antipater, aunque de hecho nunca había llegado a echar raíces en suelo griego. Agis, un rey digno de las más antiguas tradiciones espartanas, fue derrotado y muerto en una heroica batalla, cerca de Megalópolis, en Arcadia, y gran cantidad de sus soldados quedaron en el terreno. En lo sucesivo, hasta la muerte de Alejandro no volvería a haber otra revuelta griega.

Por otra parte, después de un período de descanso para sus tropas y contando con los refuerzos llegados de Macedonia y de Grecia, Alejandro entró en Ecbatana, capital de Media, desde donde Darío había proseguido su huida hacia el este. No sabemos cómo reaccionó Alejandro ante las noticias de Grecia, aunque la victoria de Antipater debe de haberlo dejado satisfecho por el momento; siguió con sus propios planes, que si bien dependían de las circunstancias, cambiantes de un día para otro, estaban siempre sujetos a la voluntad dominante del sucesor de los reyes aqueménidas. Entre otras cosas, ordenó que se usaran los enormes tesoros de los persas, descubiertos en Ecbatana, para acuñar su propia moneda que habría de reemplazar a los "daricos" de oro existentes. Parmenio, el único de los generales de Filipo que todavía seguía junto a Alejandro, recibió órdenes de permanecer en Ecbatana, como enlace entre Alejandro y el mundo mediterráneo. El propio rey, con encarnizada energía, persiguió a Darío en su fuga, pues no podía soportar a un rival aqueménida, por débil e impotente que fuera, por más que no tuviera la capacidad o la disposición de ofrecer otra vez resistencia. Cuando Alejandro le dio alcance en Hircania, Darío había muerto asesinado por Besso, sátrapa de Bactriana, que aspiraba al trono. Debido a ello, y a que actuaba ahora como rey legítimo, Alejandro se hizo cargo del compromiso de castigar al asesino y dio solemne sepultura a Darío en Persépolis. Más de doscientos años de dominio aqueménida tocaban a su término, y Alejandro podría haber estado satisfecho con lo alcanzado. Sin embargo estaba Besso, y estaban las provincias aún no conquistadas y los sátrapas hostiles de Oriente, para recordarle que su tarea no había terminado y, además, Alejandro difícilmente necesitaba que se lo recordaran: Oriente cautivaba cada vez más su espíritu.

Como es natural, no había olvidado por completo sus orígenes y lo que debía a los macedonios pero, en todas sus acciones, empezó a cobrar cda vez mayor urgencia el deseo personal de ser el soberano de Oriente no menos que de Occidente, entre los cuales, deliberadamente o no, intentaba de continuo establecer puentes. Adoptó para sí el vestido y las insignias de un rey persa e introdujo en la corte un protocolo de tipo oriental; los sátrapas no fueron confirmados en sus posiciones y para otras tareas se designó a funcionarios nativos. Por lo demás, los macedonios ya no eran el sector más importante del ejército, puesto que de poco servía, en las difíciles condiciones de lucha de las montañas de Bactriana, la falange macedonia y, en cambio, era fundamental tener contingentes asiáticos, leales a Alejandro a la vez que hábiles para la guerrilla. El ejército se convirtió en un cuerpo mixto y los muchachos persas no tardaron en ser adiestrados para cumplir con las obligaciones de soldados macedonios. Como es de suponer, éstos se resintieron ante semejantes medidas pero así y todo siguieron siendo fieles a su rey, por quien sentían afecto sincero y que siempre fue capaz de conmoverlos con su palabra apasionada.

No sucedía lo mismo con la nobleza macedonia, generalmente adversa a la tendencia general de la política de Alejandro, a su pretensión de ser hijo de Amón, a su desenfrenada ostentación de poderío oriental, a su aceptación de los persas —e incluso a su preferencia por ellos— en el ejército y en la administración. Descubierta una conspiración Alejandro sometió a culpables e inocentes al juicio de la asamblea del ejército, que los condenó a muerte; entre ellos se contaba Filotas, hijo de Parmenio y capitán de la caballería macedonia, con toda probabilidad inocente, pero Alejandro insistió en que fuera ejecutado porque era un personaje importante entre sus pares, y el rey quería simplemente aplastar toda oposición de parte de la nobleza. Llegó incluso a disponer el asesinato del anciano Parmenio, en quien veía ahora un enemigo peligroso, y quería además desembarazarse definitivamente del control y el consejo de los antiguos generales de Filipo. Otro acontecimiento trágico se debió en buena parte, aunque no exclusivamente, al fogoso temperamento de Alejandro. En uno de los frecuentes banquetes que gustaba celebrar, algunas observaciones de su amigo Clito, que le había salvado la vida en la batalla de Granico, encendieron su cólera de tal modo que tomó la lanza y le dio muerte. Ambos estaban ebrios y Clito lo había provocado despiadadamente, pero aun así, y aunque más tarde Alejandro deploró profundamente lo sucedido, el hecho conmovió de tal manera a la corte que pocas esperanzas de amistad y fidelidad quedaron entre el rey y la nobleza macedonia. Alejandro se había convertido en un hombre despiadado, arbitrario y despótico, rasgos que heredaba sin duda de sus orígenes, en especial del temperamento salvaje de su madre, pero que se reforzaban ahora que tenía conciencia de su posición como monarca oriental.

Hasta ese momento su avance hacia el este le había resultado sorprendentemente fácil, pero en lo sucesivo las belicosas tribus del este de Irán y de Bactriana le opusieron una resistencia fanática. Tras ellas actuaba probablemente Besso y, más tarde, uno de los grandes señores de Bactriana, Spitamenes. Entraron en juego sentimientos políticos, personales y religiosos, configurando una resistencia en la cual Alejandro reconoció la presencia de un pueblo, igual del macedonio en su bravura y su lealtad a sus nobles dirigentes. Como pronto habría de advertirse, eso lo impresionó mucho. Durante más de dos años, de 329 a 327, luchó contra los montañeses, cuya resistencia se encendía una y otra vez. Emprendió varias campañas, principalmente con estrategia de guerrilla, y conquistó vastas provincias; Besso fue cruelmente ajusticiado a la manera persa, como traidor a su legítimo soberano. Alejandro fundó también muchas ciudades, a las que puso su nombre, situadas todas en destacados puntos estratégicos y rutas comer-

1

1. Fragmento del papiro "Los persas", de Timoteo de Mileto, el más antiguo papiro literario griego. Fines del siglo IV *a. C. Berlín, Staatliche Museen.*

En las págs. siguientes:

1-6. Combate entre griegos y persas. Detalle del llamado sarcófago de Alejandro, proveniente de la necrópolis de Sidón (Siria). Fines del siglo IV *a. C. Estambul, Museo arqueológico.*

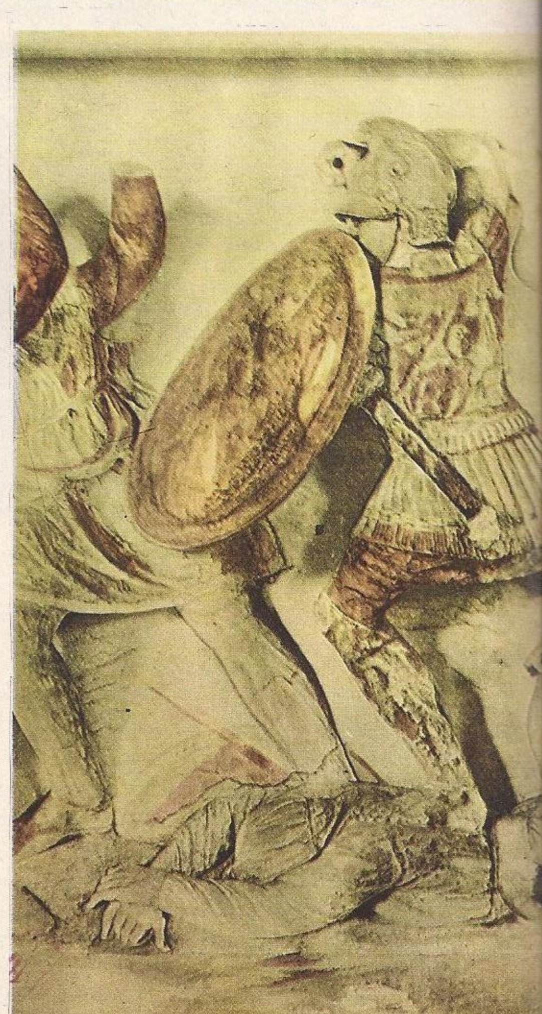


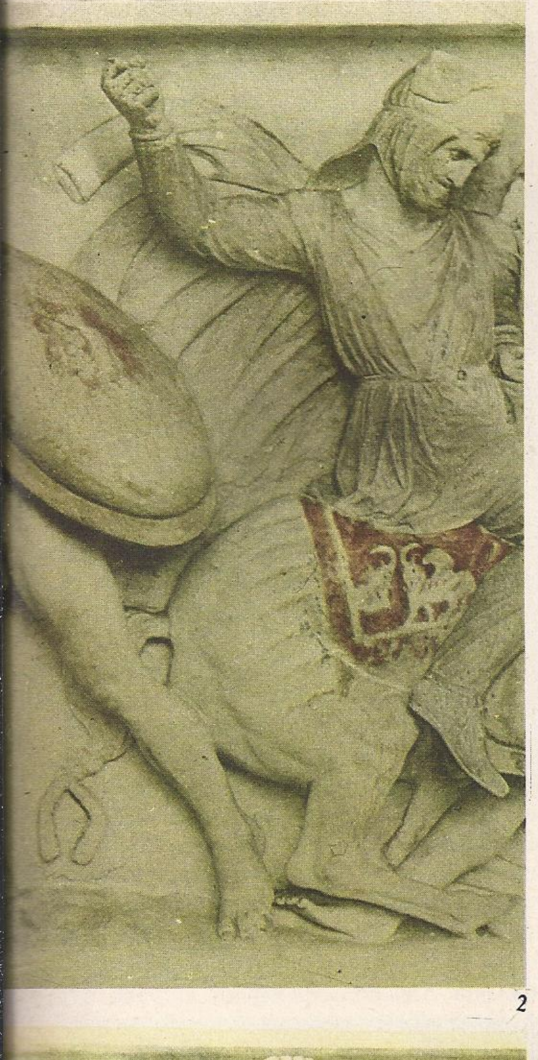
1





4

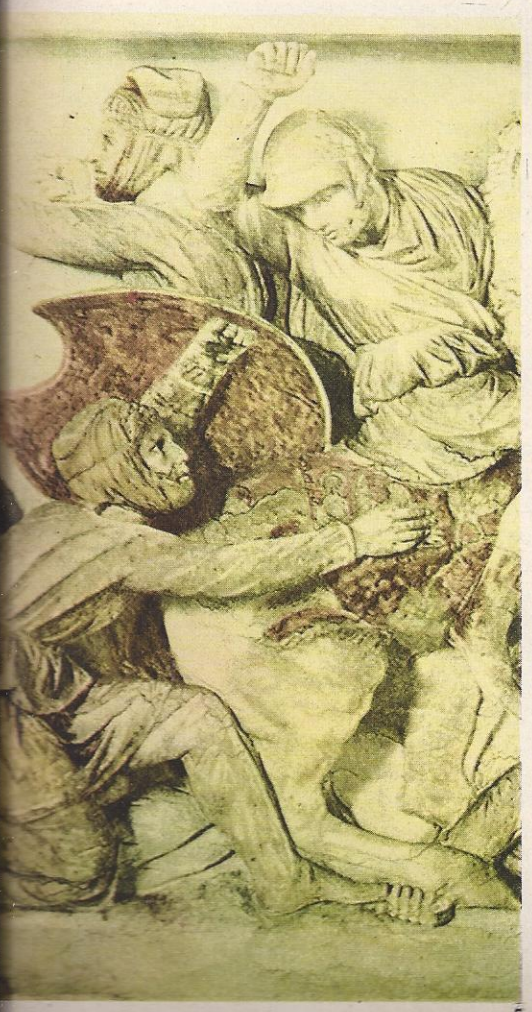




2



3



5



6

ciales, y que aún hoy siguen siendo importantes. La ciudad situada más hacia el noreste, fundada sobre las márgenes del río Yaxartes, era Alejandría Esquata ("la más lejana ciudad de Alejandría"), hoy Tashkent, baluarte contra los bárbaros del norte. Finalmente los iranios se rindieron y Alejandro encontró su reina en Roxana, hermosa hija de uno de los nobles de Bactriana. Fue un matrimonio de amor, pero expresaba al mismo tiempo la nueva política de Alejandro, tendiente a hacer de los iranios —después de los macedonios— el contingente principal del ejército y la segunda potencia del imperio.

Con ello, sin embargo, se embarcaba en una ruta difícil y llena de obstáculos. Se consideraba el Gran Rey. Los persas y otros pueblos asiáticos acostumbraban prosternarse para saludar al rey y este tipo de salutación, que los griegos llamaban *proskynesis*, debía en lo sucesivo ser ofrecida por todos sus súbditos, para testimoniar la incomparable majestad de Alejandro sobre todos ellos. La exigencia de Alejandro chocó con la colérica oposición general de griegos y macedonios. Por una ironía del destino, Calístenes, hasta entonces el cronista más entusiasta de las campañas de Alejandro, hubo de convertirse, casi por azar, en el vocero de la oposición. Era sobrino de Aristóteles y sus sarcásticas observaciones deben de haber encolerizado enormemente al rey, aunque fue más bien la silenciosa resistencia de los macedonios la que determinó a Alejandro a abandonar su pretensión. Calístenes, vano y arrogante como era, pero fundamentalmente inocente, fue acusado de tomar parte en una conjuración de los pajes reales y ejecutado. Una de sus tareas había sido la formación de los jóvenes que integraban el cuerpo de pajes, que servían a la vida inmediata y privada del rey, y es muy significativo que, a causa de algún incidente de menor cuantía, algunos de ellos hayan planeado el asesinato de Alejandro. Su ejecución, y en especial la de Calístenes, fue un duro golpe para los griegos, sobre todo para la escuela de Aristóteles; ellos fueron en buena parte responsables del retrato, que pronto habría de hacerse popular, que presentaba a Alejandro como un tirano cruel y despótico. Su imagen no correspondía, en realidad, al cuadro tradicional del tirano griego, pero las fáciles explosiones de su naturaleza ardiente, unidas al acento que puso sobre los rasgos de la monarquía oriental, fueron material adecuado para la execración de los griegos.

La India

Cuando Alejandro avanzó hacia Bactriana, después de haber conquistado las provincias que se hallaban más al sur, tuvo que atravesar las elevadas cumbres de la cadena del Paropamiso (Hindukush). Si volvía a atravesarla hacia el sudeste, alcanzaría la India a través de la antigua ruta comercial que la conectaba con el mar Caspio, es decir, por un camino más fácil que el seguido en su travesía anterior, pero por otra parte sabía que volvería a tropezar con una peligrosa resistencia. Por lo que toca a la India, para todos los occidentales era un país ignoto y misterioso, un país de cuento de hadas y lleno de milagros. Como es obvio, estos aspectos fascinaban a Alejandro. Es verdad que parte de la India occidental, por lo menos hasta el Indo, el Punjab o "país de los cinco ríos" había pertenecido de hecho al imperio aqueménida, y esa puede haber sido una de las razones que lo espolearon, pero había mucho más. Alejandro había olvidado tiempo atrás el consejo de Aristóteles: "Ser un líder para los griegos y un amo para los bárbaros, cuidar de los primeros como amigos y parientes, pero tratar a los últimos como a animales y plantas". Lo que no había olvidado y, en verdad, se había convertido en parte de su naturaleza, era la exigencia de conocer nuevos países y pueblos nuevos, y se acompañaba siempre de destacados hombres de ciencia y exploradores. Sin embargo, mucho más allá de esa exigencia racional alentaba continuamente el anhelo irracional de Alejandro por lo "desconocido", poderosa fuerza motriz que lo impulsaba cada vez más lejos y que en nuestras fuentes recibe el nombre de *pothos*, "anhelo", una palabra insólita para un hombre de excepción. Es posible, y hasta probable, que él mismo fuera el primero en usarla para explicarse —y explicar a los demás— su avidez por nuevas empresas y nuevas aventuras. En boca de más tardíos historiadores antiguos, *pothos* se convirtió en una expresión convencional y literaria, desprovista de significado más profundo. Precisamente por ser una palabra que refleja nostalgia y anhelo, tan juvenil y humana, es muy improbable que fuera invención de quienes escribieron sobre Alejandro; César creía en los hados y Napoleón en su estrella, pero Alejandro sentía el destino inscripto en su propio corazón, y nunca ese sentimiento fue más fuerte que cuando marchó sobre la India.

Entre todas las razones, conscientes o no, que lo impulsaban a esa campaña, quizá la más fuerte era su deseo de alcanzar los confines de la tierra, lo que según la concepción tradicional del mundo significaba el mar que circundaba el disco terrestre. Era una meta capaz de satisfacer tanto al discípulo de Aristóteles como al soberano del mundo y que implicaba también una orientación mítica diferente.

En el verano del año 327, el mayor ejército que jamás hubiera comandado Alejandro, compuesto de un núcleo bastante reducido de macedonios y de gran cantidad de iranios y mercenarios de diversos tipos, atravesó el Hindukush. Alejandro dividió sus fuerzas, enviando el mayor contingente hacia el sur, siguiendo las rutas normales y él, con las tropas más selectas, afrontó la áspera resistencia de las tribus montañesas afianzadas en sus ciudades fortificadas de las colinas, tales como Aorno, de la cual se suponía que había derrotado incluso la furiosa embestida de Heracles. Ambos ejércitos avanzaron hacia el valle del Indo, enfrentando todas las dificultades que les oponían un país hostil y un clima tropical y desconocido. Hasta entonces, la campaña se había librado en buena parte bajo el auspicio de la imagen de Heracles, que señoreaba los ánimos de griegos y macedonios, por no hablar del propio Alejandro. La aventura en la India fue más tarde transferida bajo el signo de Dionisos, lo que sólo fue posible por el hecho de que Alejandro, en su expedición a la India, se movió impulsado por fuerzas religiosas afines a las de esa deidad autocrática y desmedida, tal como la conocemos por las *Bacantes* de Eurípides. Pero de ningún modo debemos considerar la empresa como una especie de aventura mística: como siempre, Alejandro tenía al mismo tiempo razones muy válidas y realistas para sus planes. No cabe duda de que toda la campaña estuvo bien organizada, aunque principalmente sobre la base de lo que sucedía de un día para otro, entre un acontecimiento y el siguiente.

Cuando Alejandro descendió al valle del Indo y volvió a reunirse con todo su ejército, se le sometió el más occidental de los reyes locales, Taxiles, pero más hacia el este, pasando el río Hydaspes, Porus esperaba el ataque con fuerzas imponentes, en especial con gran cantidad de elefantes. En muchos aspectos era una situación nueva, y Alejandro la enfrentó con nuevos medios tácticos. El ejército enemigo fue destruido, pero Alejandro restauró a Porus en su dominio local y se ganó así el más leal de los amigos. Todavía con una imagen geográfica totalmente errónea en la mente, siguió conquistando el país de los cinco ríos; cuando encontró en las márgenes del Indo las plantas y los cocodrilos que había visto en Egipto creyó haber descubierto las fuentes del Nilo y pensó que una gigantesca masa terrestre unía la India con Egipto. No tardó, sin embargo, en mejorar sus conocimientos geográficos y en darse cuenta de que todos los grandes ríos del Punjab se volcaban, hacia el sur, en otro océano, de que hacia Oriente había otro inmenso país y otro río, el Ganges, que fluía hacia el este, y de que los límites de la tierra se alejaban cada vez más. Sin embargo, quizá persuadido en parte por sus nuevos amigos indios, quería seguir adelante, atravesando el río más oriental del Punjab, el Hifasis. En este punto, por primera vez, sus macedonios se negaron a seguirlo; sus fuerzas morales y físicas se hallaban agotadas,



1. Seleuco I Nicator y Ptolomeo I Soter, retratos en monedas de plata. Berlín, Staatliches Münzkabinett.

2. Ptolomeo I. Cabeza en mármol. Copenhagen, Ny Carlsberg Glyptothek.

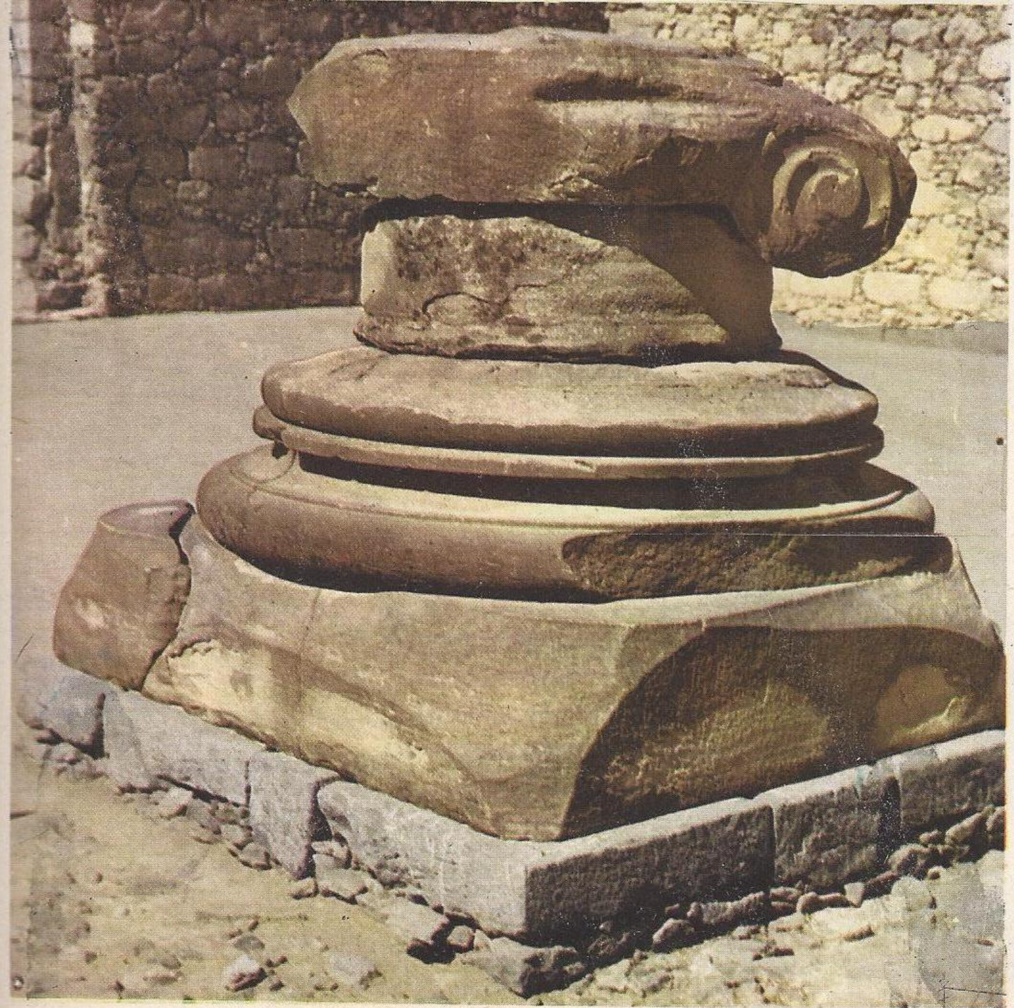
En las págs. siguientes:

1. Hércules y Mitra. Relieve del Nimrud-Dagh. Siglo I *a. C.* (Quilici).

2. 3. Taxila: restos de los monumentos de la civilización greco-budista (Quilici).



1



2

especialmente después de dos meses de lluvias monzónicas, y Alejandro tuvo que ceder. Nunca habría de alcanzar el Ganges, y menos aún el océano oriental. Fue su primera derrota, y en lo sucesivo se vio obligado a enfrentar el peligro de una oposición combinada de sus soldados macedonios y de la nobleza; en efecto, un hombre perteneciente a esta última había encabezado la revuelta en el Hifasis y Alejandro sospechaba más que nunca de quienes, después de todo, habían constituido su mayor apoyo en tan gigantesca empresa.

Aun así, Alejandro quería llegar al mar y mostrar a su ejército dónde terminaba la tierra. La campaña a la India debía alcanzar otra culminación. Durante algún tiempo, Alejandro había reunido en el Hydaspes una gran flota de naves de guerra y de transporte de diversos tipos, tripuladas con hombres que habían llegado recientemente desde las costas del Mediterráneo. Es evidente que se había preparado para una importante expedición naval, aunque sus objetivos deben de haberse alterado con los cambios de sus conocimientos geográficos y de la situación real. A fines del otoño de 326 y después de solemnes sacrificios, la flota —acompañada por fuertes efectivos terrestres y con frecuencia por las danzas y canciones de los nativos— partió hacia el sur para completar la conquista del Punjab e impulsar la exploración hasta otro océano. Fue una demostración magnífica de la pretensión de Alejandro de incluir a la India en su imperio. Se había enfrentado con lo que parecían dos aspectos diferentes de la India: por una parte, había recibido el saludo del grupo espiritual más sobresaliente, los brahmanes, ascéticos representantes de la religión hindú, a quienes los griegos, con una típica *interpretatio graeca*, llamaban gimnosofistas, "los sabios sin vestiduras"; sus diversos encuentros con Alejandro se convirtieron en un tema frecuente de las relaciones entre Oriente y Occidente. Pero la expedición se encontró también con una resistencia fanática y, en la batalla que se libró por la posesión de una ciudad de la belicosa tribu de los malianos, resultó gravemente herido Alejandro que, como siempre, luchaba en primera línea. No tardó en verse que, por lo menos en parte, la resistencia había sido fomentada por algunos brahmanes y se produjeron las acostumbradas ejecuciones. Sin embargo, la expedición como tal puede ser considerada un éxito, ya que merced a ella la India terminó por entrar en el horizonte de Occidente. El espejismo se convirtió en realidad. Alejandro creó dos nuevas satrapías para abarcar la totalidad del Punjab, y a partir de ellas se desarrollaron múltiples vínculos, tanto de importancia económica como cultural. De todos modos, es verdad que la

1

2

3

4

aventura de Alejandro en la India se mantuvo en el recuerdo de la tradición occidental, por más que asumiera una forma cada vez más legendaria, en tanto que en la tradición de la India Alejandro no tardó en ser olvidado.

El viaje río abajo terminó con algunos sacrificios personales que ofreció Alejandro; el más notable fue ofrecido desde una nave que se había internado en el mar abierto y desde la cual Alejandro agradeció y pidió nueva ayuda a Poseidón. Por primera vez, el mar desempeñaba un importante papel en sus planes; había llegado a él después de años de travesía terrestre y, si bien no era el *Okeanos* de los geógrafos, indicaba el momento en el cual ya ninguna tierra lo enfrentaba. Pero ya antes de eso había empezado a prepararse para futuras acciones navales; cuando aún navegaba por el río, designó a dos isleños griegos, Nearco y Onesicrato, comandante naval supremo y primer timonel, respectivamente. Por último pudo pensar en volver hacia el oeste. Parte del ejército que comandaba Cratero, uno de los mejores generales macedonios, había recibido orden de partir, junto con los enfermos y heridos, por una ruta que ya Alejandro había recorrido en parte, a través de Aracosia y Carmania. El resto del ejército, bajo el mando de Alejandro, había de marchar a través del desierto de Gedrosia (Beluquistán), en tanto que Nearco y la flota debían explorar la ruta marítima desde la desembocadura del Indo hasta el Éufrates, una de las grandes rutas comerciales del futuro. El propio Nearco describió las aventuras de esta expedición que fue, en conjunto, un verdadero éxito. Por otra parte, la marcha de Alejandro se inició sin el reconocimiento necesario y terminó siendo un desastre; sus tropas sufrieron enormes pérdidas por obra de la sed, el hambre y el agotamiento, y sólo el hecho de que su rey compartía todas sus penurias pudo mantener su coraje. Aun así, fue una empresa insensata e inhumana, emprendida posiblemente bajo el influjo de alguna historia mítica de travesías del desierto, y sólo el gozoso reencuentro con Cratero y con Nearco renovó algo de esa humanidad que nunca llegaron a destruir totalmente los crímenes de un hombre que bordeaba la megalomanía.

El imperio y su soberano

Alejandro volvió al corazón de su imperio, donde muchos ya no esperaban volver a verlo jamás. Durante su ausencia habían surgido rebeldes y hasta pretendientes, tanto iranios como macedonios, y también graves fallas de administración, pero el peligro más grave para la unidad del imperio eran los sátrapas, cuyo poderío y riqueza habían aumentado y que tenían sus propios grandes ejércitos de mercedarios. A principios de 324, después de haber llamado a juicio a una cantidad de sátrapas, la mayoría de los cuales fueron ejecutados, Alejandro ordenó la disolución de esos ejércitos privados; puede que sea exagerado hablar de reinado del terror, pero sin duda fue una purga importante. Alejandro no era ya el heroico joven de otros tiempos, y el imperio no tenía otro centro que su propia persona; cualquier deslealtad hacia él se convertía en una amenaza inmediata para el imperio.

Su único amigo de completa confianza era Hefestión, su "Patroclo", a quien dio el cargo y el título que entre los persas correspondía al "visir". Esta designación, que recaía en un amigo demasiado servil del rey —y quizá su amante— y lo convertía en el segundo hombre del imperio, fue mal recibida por la mayoría de los macedonios y los griegos. En esta situación, fue significativa la fuga de Harpalo, que había integrado el círculo de amigos íntimos de Alejandro y ocupaba el importante puesto de tesorero supremo. Servidor eficiente del rey y del imperio, no era sin embargo honesto: había dilapidado con sus amoríos el dinero que debía administrar, y terminó por escapar de Babilonia, con el tiempo justo para salvar el pellejo, para dirigirse a Atenas, llevándose miles de talentos y una buena cuadrilla de mercenarios. Allí causó una cantidad de desórdenes, que complicaron a Demóstenes y a otros políticos griegos, y poco después fue asesinado por uno de sus oficiales.

Como era obvio, se hacía urgente reducir el número de mercenarios griegos que se hallaban en servicio o vagaban por el país, y Alejandro estableció a muchos de ellos en las nuevas ciudades que había fundado en Oriente, lo que no debe ser considerado como un intento de helenizar el este de Irán y de la India. Contrariamente a lo que sostienen muchas opiniones modernas, uno de los aspectos sorprendentes de Alejandro y de sus conquistas es que, aparte algunos intentos muy al comienzo, jamás se propuso seriamente propagar la civilización griega. De hecho, las colonias griegas estaban descontentas de estar en un medio extranjero, y se rebelaron cuando les llegó el falso rumor de la muerte de Alejandro, pero éste, sin embargo, había iniciado un movimiento que ya no podía detenerse. Los siglos siguientes demostraron que la helenización era la única respuesta posible a los problemas de la parte asiática del imperio y de sus sucesores. Aunque Alejandro no se diera cuenta de ello, los seléucidas y los reyes griegos de Bactriana y de la India no dejaron de ser los herederos de su política.

Por más salvaje que haya sido su reacción ante los errores de importantes funcionarios del imperio, Alejandro se aferraba aún a la idea, surgida por primera vez en Bactriana, de dar la hegemonía a la unión de los pueblos iranio y macedonio. En un enorme festival realizado en Susa, Alejandro y Hefestión desposaron a las hijas de Darío —el rey tenía ahora, oficialmente, más de una esposa— y se obligó a miles de soldados y oficiales macedonios a casarse con jóvenes iranias, dotando a cada pareja de los medios materiales necesarios. El esplendor de esta fantástica fiesta nupcial revelaba claramente que tenía un profundo significado político; con tal generalización de los matrimonios mixtos se proponía crear las bases de un pueblo que garantizara la unidad del imperio, pero no hace falta decir que este acto de benévolo despotismo no podía crear nada perdurable y que, después de la muerte de Alejandro, la mayoría de esos matrimonios se disolvieron.

Ni siquiera de ese modo se pacificaron los ánimos de los macedonios, y la explosión se produjo casi inmediatamente. Cuando Alejandro admitió más iranios en el ejército e incluso en la caballería del cuerpo de guardia real, al mismo tiempo que repatriaba a los veteranos macedonios con espléndidos presentes regios, estalló en Opis un motín abierto; lo que era en realidad una baja bien merecida, después de una larguísima campaña, fue rechazado por los soldados como una traición. Alejandro se sintió profundamente herido y amenazó con separarse completamente de los macedonios, pero finalmente se llegó a una reconciliación. Cratero volvió a Macedonia con diez mil hombres; él mismo había de reemplazar al grande y venerable Antipater, último sobreviviente de los generales de Filipo, como virrey en Grecia. En realidad, habría de morir algunos años más tarde, aún en suelo asiático, en las refriegas entre los sucesores de Alejandro, mientras Antipater sobreviviría lo bastante para sofocar la revuelta final de los griegos después de la muerte de Alejandro, la llamada guerra lamia.

La inquietud cundía por todas partes y Alejandro envió a Grecia, como instrumento de pacificación, a uno de sus oficiales, Nicanor, oriundo de Estagira y que posteriormente desposó a la hija de Aristóteles. Nicanor debía leer en los Juegos Olímpicos una carta del rey, en la que éste decretaba el retorno de todos los exiliados a su ciudad natal. Independientemente de la posición política de los exiliados, eso constituía una grave interferencia en la reconocida autonomía de las ciudades, y Alejandro debe de haber tenido razones de peso para dar un paso semejante, cuyas consecuencias, por decir poco, eran imprevisibles. No sabemos si esperaba crear, en las diversas ciudades, grupos favorables a los macedonios; uno de los resultados del decreto debía ser la reducción del número de griegos, mercenarios o civiles, que vagabundeaban sin sentirse arraigados en parte alguna y eran causa de inquietud y riesgo, pero, de hecho, el



1. Timoclea ante Alejandro, del Domenichino. París, Museo del Louvre (Scala).

En las páginas precedentes:

1-4. Miniaturas del códice de Alejandro el Grande. Siglo XI. *Venecia, Escuela de San Jorge de los Griegos* (Alinari).

arbitrario decreto de Alejandro sólo provocó más odios y disturbios.

Parte de nuestra tradición afirma que, cuando el rey promulgó su decreto relativo a los exiliados, exigió también ser adorado como un dios. Si así lo hubiera hecho, habría seguido una tendencia típica de la mente griega, para la cual era más o menos natural el culto de los grandes hombres, aun cuando en la mayoría de los casos esto se daba después de su muerte y, por lo tanto, como héroes. Para los griegos, aunque no para los macedonios, nunca estuvo bien definido el límite entre el hombre y la deidad; sin embargo, es más que dudoso que Alejandro haya pedido realmente tal cosa. Había pretendido ser hijo de Amón, había aspirado a la *proskynesis* que, sin duda, nada tenía que ver con su supuesta divinidad, pero no había ninguna necesidad constitucional o de otro orden para que impusiera su propio culto. Por otra parte, hay innumerables observaciones ingeniosas de los griegos, especialmente de los atenienses, sobre el particular, que prueban que de hecho no tardaron en celebrarse en muchas partes cultos del dios Alejandro. Muchas ciudades enviaron emisarios para ofrecer a Alejandro una corona de oro y es muy posible que algunos de los enviados, ya sea espontáneamente o, lo que es más probable, obedeciendo órdenes, lo reconocieran como un dios. Hasta donde podemos decir, él mismo no tomó la iniciativa, si bien indudablemente no se habría negado a que le rindieran culto divino. Por la gracia de los dioses, era soberano absoluto del mayor imperio que hubiera conocido el mundo; si bien tenía enemigos personales, como podía serlo Antipater, todos los hombres a quienes regía, hasta los más insignes, eran sus súbditos. Era "como un dios entre los hombres", una frase griega convencional que usó incluso el mismo Aristóteles, aunque no para referirse a Alejandro. Para caracterizar la atmósfera general de la corte de Alejandro es significativo el hecho de que cuando, a fines del año 324, Hefestión murió de fiebre, se lo honró con ostentosos funerales y Alejandro ordenó que el difunto fuese venerado como héroe.

Más que nunca, el gobierno del imperio dependía de la persona del rey. Alejandro se mudó al palacio de Babilonia, una especie de nueva capital donde las tradiciones de un imperio universal eran más antiguas y, aunque anticuadas ya, se mantenían aún. El imperio no estaba completo, ni en cuanto a su tamaño ni en cuanto a su estructura interna, ni jamás podría llegar a estarlo. El inquieto rey preparó una expedición naval a Arabia con el fin de cerrar la brecha entre Mesopotamia y Egipto, antes que para intentar una cabal reorganización del gobierno del imperio. Se tiene también noticia de otros proyectos extravagantes que incluían la conquista del Mediterráneo occidental. Nunca sabremos con certeza si tales planes existían efectivamente entre los papeles de Alejandro, llamados *hypomnemata*; es difícil dudar de que tales documentos hayan existido, aunque no sería difícil y sí apenas natural, que los historiadores posteriores, ya fueran entusiastas u hostiles, los inventaran. De todos modos, aun antes de comenzada la expedición a Arabia, Alejandro cayó gravemente enfermo y su salud desmejoró rápidamente. Finalmente, cuando ya no era capaz de hablar, rodeado su lecho de llorosos macedonios, murió al duodécimo día de su enfermedad, en junio del año 323, a los treinta y tres años. Su cuerpo fue embalsamado y se convirtió en objeto de peleas entre los generales rivales que querían usar al difunto rey para reforzar sus propias posiciones. Por último, el cadáver fue llevado a Menfis por Ptolomeo y posteriormente sepultado, no en el oasis de Siuah, como probablemente lo había deseado el propio Alejandro, sino en Alejandría.

El imperio estaba sin soberano, y ni siquiera tenía legítimo heredero. El hijo de Roxana nació después de la muerte de Alejandro. Hubo tentativas de mantener unido el imperio, especialmente la de Perdicas, que sólo recientemente, después de la muerte de Hefestión, había logrado una posición destacada, y de quien se decía que Alejandro, moribundo, le había entregado su anillo de sello. Fue el regente del hijo de Alejandro y del medio hermano de éste, Arrideo, débil mental; a ambos se les llamaba "los reyes". En realidad, el imperio no sobrevivió a su creador, pero sus efectos habrían de hacerse sentir durante siglos después de su desintegración. Perdicas dispuso que los últimos planes de Alejandro, supuestamente tomados de sus papeles, fueran leídos al ejército macedonio que, como era de esperar, los rechazó. Eso era parte de la lucha entre quienes intentaban salvar la unidad del imperio y los que, como la mayoría de los generales, querían tener cada uno una provincia como territorio propio e independiente; probablemente, en cuanto se negaban a aceptar los últimos planes fantásticos de Alejandro, eran todos de la misma opinión. De las luchas de dos generaciones de generales macedonios y de la trágica extinción de todos los miembros de la casa real surgió una nueva sociedad de monarquías territoriales, cada una perteneciente a una dinastía macedonia y cada una heredera de una fase diferente de la carrera de Alejandro. En Egipto, los Ptolomeos reinaban en Alejandría como señores (más o menos) del Mediterráneo oriental; los seléucidas crearon un imperio que comprendía Oriente y Occidente, con centro en Babilonia, y los antigónidas fueron reyes de Macedonia y líderes de los griegos. Este cuadro, de alrededor del año 280 a.C., no incluye a todos los estados existentes (por ejemplo, el nuevo reino de Pérgamo, en Asia Menor) ni tampoco tiene en cuenta los desarrollos ulteriores hacia el este, el norte y el oeste, pero revela lo que había de menos efímero en los logros de Alejandro. Sin él no habría existido la época helenística con sus tendencias ecuménicas ni, por lo tanto, el Imperio romano ni el Cristianismo como religión universal.

¿Qué clase de hombre era Alejandro? Si es que hay respuesta a esta pregunta, no es una respuesta simple. Tanto entre los jueces antiguos como entre los modernos, encontramos tantas imágenes de Alejandro como autores. La razón última de ello se encuentra en el hecho de que Alejandro era hombre de cualidades muy contradictorias, a la vez que de ánimo muy mudable: idealista y realista, general osado y excelso, oportunista y cuidadoso planificador, mecenas de la investigación científica y visionario irracional, hombre capaz de amar y ser amado a la vez que tirano brutal y colérico. Es privilegio del genio albergar en sí más de una personalidad. Si Oliver Cromwell ha dicho que "nadie se eleva tanto como aquél que no sabe adónde va", podría haber aludido a Alejandro. El que alcanzó, en más breve tiempo, más logros que Napoleón o César, también fue, al igual que ellos, prueba eminente de que el poder corrompe, y de que el poder absoluto corrompe de manera absoluta. Alejandro cambió la faz del mundo, y eso es más importante que el hecho de que sus actos no nos permitan ver claramente su propia figura, que permanece en la penumbra.

Bibliografía

Aparte los capítulos dedicados a Alejandro en las historias griegas de carácter general, existen numerosas biografías. Entre las más importantes mencionaremos:
J. G. Droysen, *Geschichte Alexanders des Grossen*, Hamburgo, 1833 (*Geschichte des Hellenismus*, vol. I, Gotha, 1877. Varias reimpresiones); J. Kaerst, *Geschichte des Hellenismus*, vol. I, Leipzig, 1927; G. Radet, *Alexandre le Grand*, París, 1931; U. Wilcken, *Alexander der Grosse*, Leipzig, 1931; W. W. Tarn, *Alexander the Great*, vols. I, II, Cambridge, 1948; F. Schachermeyr, *Alexander der Grosse*, Viena, 1949. En español: R. Cohen, *Historia de Grecia*, Barcelona, 1958; *Vida de Alejandro*, Madrid, 1960.

El fascículo Nº 62 de

LOS HOMBRES *de la historia*

la Historia Universal a través de sus protagonistas

contiene la biografía completa e ilustrada de

Newton

Con su concepción de una nueva "filosofía natural" afirma el reino de las cualidades inteligibles sobre el reino de las cualidades ocultas de la escolástica y pone los cimientos de la física moderna.



¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!

LOS HOMBRES de la historia
El mundo contemporáneo

LOS HOMBRES de la historia
El siglo XIX: La Revolución Industrial

LOS HOMBRES de la historia
El siglo XIX: Las revoluciones nacionales

LOS HOMBRES de la historia
El siglo XIX: La Restauración

LOS HOMBRES de la historia
La Revolución Francesa y el periodo napoleónico

LOS HOMBRES de la historia
El setecientos

LOS HOMBRES de la historia
Los estados nacionales

LOS HOMBRES de la historia
Del Humanismo a la Contrarreforma

LOS HOMBRES de la historia
Cristianismo y Medioevo

LOS HOMBRES de la historia
La civilización romana

LOS HOMBRES de la historia
La edad de Grecia

LOS HOMBRES de la historia
La civilización de los origenes

Cada fascículo de LOS HOMBRES de la historia publica la biografía completa de un hombre que ha desempeñado un papel de gran importancia en la historia del mundo.
Los fascículos se van agrupando en tomos que dan, a su vez, una gran historia de la humanidad désde sus primeras civilizaciones hasta nuestros días.
La historia del mundo que ofrece esta colección es total y de enfoque moderno: los Hombres elegidos no están estudiados como héroes sino como intérpretes destacados de su época.
Profusamente ilustrada, la colección es, asimismo, un riquísimo archivo documental.

Publicación semanal
Precio de venta
m$n. 140,- el ejemplar

ARGENTINA: $ 140.-
BOLIVIA:
COLOMBIA: $ 7.-
COSTA RICA:
CUBA:
CHILE:
REP. DOMINICANA:
ECUADOR:
EL SALVADOR:
ESPAÑA:
GUATEMALA:
HONDURAS:
MEXICO: $ 5.-
NICARAGUA:
PANAMA:
PERU: S/. 18
PUERTO RICO:
URUGUAY: $ 90.-
VENEZUELA: Bs. 2.50